

miento. Para llegar á esta dignidad lo han atropellado todo, familia, honor, religion, hasta su propio nombre. En vano los reyes, para consolarles de haber nacido á la sombra del trono, y no gozar del trono, los enriquecieron fabulosamente. El oro dado por la munificencia de los abuelos, sirvió para perseguir y guillotinar á los nietos.

Estoy seguro, que al dirigirse el conde de París á Viena en pos del duque de Burdeos, este diría para sí: Ahí vienen los eternos enemigos de mi raza. Ya en Versalles conspiraban contra mi abuelo Luis XIV. Implacables, como el destino, seguían la rama de mi familia que se asentaba en el trono de España, y sirviéndola en público, la desirvieron en secreto y aspiraron siempre á suplantarla. El regente, que fué de los suyos, sólo tiró á corromper á los míos. Día llegó en que la sombra de un Orleans fuera á mi mártir ascendiente, María Antonieta, más funesta en el trono que la sombra del verdugo en el cadalso. Este le quitó la vida, pero aquel ¡ay! la honra. Conspirador perpétuo, amigo de jacobinos y de girondinos, acaso nadie como él ha desarraigado del suelo de Francia la sacra encina de San Luis. Un Orleans, un Borbon abrió informaciones con desdoro de su madre, para probar que sangre de lacayos y no sangre de rey corría por sus venas. Una noche se votaba la muerte de Luis XVI. El duque de Orleans, el descendiente de Enrique IV y de Luis XIII, fué el que votó con más acentuación en la voz y más rabia en el alma.

Aquella Asamblea, compuesta de regicidas; aquel público, de muchedumbres acostumbradas á respirar los vapores de la sangre destilada por la guillotina, se indignaron contra el monstruo, y él no tuvo ni una vacilación en su paso, ni un baluceo en su palabra, ni quizá un remordimiento en su conciencia.

Mi familia, generosa siempre, recompensó despues de la restauración á los que la habían perseguido y sacrificado durante las revoluciones, y eso que los míos se encontra-

ban ya en Coblenza cuando los duques de Orleans se encontraban en Valmy. El oro que los reyes le habían generosamente dado, no se lo regatearon mis abuelos y mis padres. Al volver mi augusta tía, la duquesa de Angulema, el único hombre de mi raza, según decía Napoleón, se desmayó á la vista de la consergería, del calabozo de su madre; y no se desmayó delante del duque de Orleans. Mi familia fué bastante desprendida para no procurarse de la herencia de los condes, la herencia más cuantiosa del reino, y los Orleans se la procuraron para sí, á pesar de haber sido mis tíos los Condés víctimas, y mis tíos los Orleans verdugos en la revolución. El día que Condé se arrepintió y quiso revocar su testamento, apareció su cadáver colgado á una de las columnas de su lecho.

Aún me llevaba mi madre en el seno, reciente la muerte violenta de mi desgraciado padre, cuando para deshonrarme y deshonrarla, me llamaban, codiciosos de una primogenitura burlada siempre por la naturaleza, codiciosos de un trono alejado siempre de sus combinaciones, me llamaban á mí el hijo del milagro. Por fin se levantaron los Orleans y destruyeron el trono restaurado, el trono de San Luis, y con fragmentos de las barricadas, alzaron el nuevo trono á su traición y á su perjurio, el trono sobre cuya cima estaba la soberanía de la nación, el *Inri* de Pilatos. Y yo recuerdo aún cuando mi abuelo huía, cuando mi madre lloraba, cuando nos esquivábamos envueltos en las banderas blancas sembradas de lises, á los reflejos de la sinietra bandera tricolor. Y un emisario de la embajada de Inglaterra, fué en aquella peregrinación al destierro en pos de nuestras huellas, pidiendo á mi abuelo que me dejaran sobre el trono de Francia y bajo la tutela de mi tío, el duque de Orleans. Y me tomó mi augusta madre entre sus brazos y me estrechó contra su corazón, y dijo: no, yo no entregaré el nieto de cien reyes á una familia de regicidas. Y me fuí al destierro. El viento

del cielo y los suspiros de mi familia, las gotas de lluvia y las lágrimas, el oleaje del Océano y los latidos de los corazones, se mezclaban, se confundían en el momento supremo en que nos apartábamos de la tierra de Francia para ir á la tierra del destierro. Y mi ilustre madre, anhelosa de restaurar la corona de su hijo, volvió á la tierra de los leales, á la tierra de la Vendée. Y compraron por oro un traidor que la denunciase, y la perseguirían como una fiera por los bosques. La infeliz estuvo á punto de morir mil veces. Y luego la tuvieron cautiva, y la deshonraron ante el mundo, ya que no pudieron matarla.

Y el descendiente de tal raza viene á mi presencia. Y me habla de concordia. El destino, que se burla de los reyes, ha querido que sea el heredero único de mi nombre y de mi trono. La corona de San Luis, el rey de los caballeros, vendrá á posarse sobre la frente del rey de los bolsistas. Pero yo no veré este, yo habré muerto, llevándome conmigo en mi odio implacable á todas las tradiciones revolucionarias íntegro á mi régio panteón el honor y el nombre de mi raza. Pero los Orleans y los Borbones, los descendientes del mártir, los descendientes del verdugo, los reyes y los regicidas, no se asentarán jamás á la sombra del mismo trono, jamás.

Hay algo en la política francesa que provocaría ciertamente á risa y á risa larguísima, si no provocase á indignación y á indignación profunda. Este algo es el empeño tenaz de los monárquicos en restaurar una monarquía que no tiene monarca. Los tres candidatos al trono destrozado, representan tres leyendas enemigas que mutuamente se contradicen y se anulan. El uno es último triste vástago de la dinastía de Luis XIV. A él pudiera aplicarse con justicia, cuando se le parangona con su ilustre antecesor, la genealogía tristísima de los reyes de la casa de Austria en España, delinada por un ilustre historiador. Carlos V fué un gran artista, un gran guerrero, un gran político, un gran hombre, y sus sucesores

perdieron cada una de sus cualidades; Felipe II no fué artista, Felipe III no fué político, Felipe IV no fué guerrero, y el vástago último de los Austrias, Carlos II no fué ni siquiera hombre. En frente del tímido y respetable Borbon último, se alzan otros Borbones que ya no representan la tradición católica, monárquica, secular, sino la tradición revolucionaria, las ideas del pasado siglo, el predominio de las clases medias sobre la aristocracia y el clero; Borbones que debían poner junto al trono en su blason la guillotina á que arrastraron al jefe de su casa, al rey de su patria, á Luis décimo-sexto. Y junto á estas dos tradiciones, junto á estas dos leyendas, hay la leyenda, hay la tradición del Imperio, que parece condenado á repetir siempre la misma tragedia de una prosperidad fugaz y aparente para caer en desastres reales como la rota de Sedan y la rota de Waterlloo. Estas tres leyendas se contradicen, se anulan, y por exceso de pretendientes al trono, es imposible, absolutamente imposible la restauración de este trono.

Pero da grima ver los esfuerzos que cuesta á los monárquicos persuadirse de la imposibilidad en que están de restaurar la monarquía. Tienen allá en la Comisión permanente de la Asamblea Nacional una mayoría, debida más que á su número y á su mérito, al descuido de los republicanos. Esta mayoría no acierta con las atribuciones que le competen. Y las atribuciones son clarísimas: señalar el momento en que por circunstancias extraordinarias, hechos graves ó crisis difíciles, debe convocarse la Asamblea suspendida. Interpretando á torcidas un texto tan claro, desconociendo un misterio tan conocido y concreto, los monárquicos asaltan con preguntas inoportunas y ridículas al ministro de Negocios Extranjeros y al ministro de la Gobernación. El uno se queja de que un periódico ministerial lo ha puesto en ridículo relatando sus conversaciones monárquicas en la presidencia de la República asateadas por

los finos dardos de la aguda sátira de monsieur Thiers.

El ministro de la Gobernacion contestó con sencillez y naturalidad que él no es gacettillero ni siquiera redactor principal de ningun periódico político. Esta respuesta natural, y que debía aguardar el ménos previsor de los hombres, enciende en ira al monárquico desahuciado, le saca los ojos de las órbitas, la bilis del hígado, y le obliga á maldecir de nuestros nefastos tiempos en que los periódicos y los hombres se rien de las cosas y de las personas ridículas.

Pero hay otro colega del anterior que no es ménos ridículo. Digamos su pecado que es grave y olvidemos su nombre que es oscuro. Este otro pertenece á los que votaron la ley de los Consejos generales en sentido descentralizador á fin de que el monarquismo de los departamentos ahogase el republicanismo de París. Sin embargo, su ley no fué tan descentralizadora como convenia y deslizaron un artículo prohibiendo á los Consejos generales expresar, votar ni dirigir peticiones sobre materias políticas. Pero todas las leyes que se proponen coartar la libertad humana, quedan burladas por los infinitos recursos que tiene la libertad, tan fecunda como la misma naturaleza. Los Consejeros generales se guardan de emitir votos políticos en sus consejos; como corporacion, como organismo administrativo. Pero en cuanto salen del Consejo, sin acordarse de la dignidad que tienen, del cargo que ejercen, firman felicitaciones, verdaderos mensajes al jefe del Estado. Y en estas felicitaciones, en estos mensajes, como el derecho de peticion y de representacion está reconocido á todos los franceses, piden y piden con verdaderas instancias, que se disuelva pronto la Asamblea de Versalles y se proclame definitivamente la República en Francia. De aquí la ira del diputado monárquico. Para él, desde la hora y momento en que un ciudadano ha sido elevado por el voto de sus compatriotas al cargo de Consejero general,

ha perdido los derechos primordiales, los derechos esencialísimos á la persona y á la vida humana. Para él Consejero general quiere decir pária, que no debe tener interés en la forma de gobierno conveniente á su pátria. Luego esto de que los mandatarios, los soberanos retiren sus poderes á los procuradores; y esto de que los ciudadanos de una República pidan el afianzamiento, la robustez de la República son locuras que solo pueden disculparse, creyendo á los Consejeros generales capaces de atreverse á tanto, fuera de sí, locos, ó mejor ébrios. El diputado monárquico, para dulcificar sus palabras, para quitarles toda esperanza, las ha dicho en latin, ha dicho que esas felicitaciones y manifestaciones se habian redactado *inter pocula*, entre vasijas.

Pero no queda por eso ménos claro el calificativo de borrachos con que ha decorado á los Consejeros generales de los departamentos. Santos fueran, capaces de milagros, dignos de figurar en el Año Cristiano, y de tener las muelas, que hayan perdido, en algun relicario, si en vez de pedir esta fórmula sencilla de gobierno, la República Francesa, piden la bandera blanca, el advenimiento inmediato de Enrique V, la restauracion del feudalismo con sus horcas y cuchillos, sus siervos por los terruños y sus señores como águilas por las alturas de la tierra.

Otro (porque la procesion es larga) se deja de estas ridiculeces y se va al fondo. Para este misericordioso diputado Francia se pierde si cesan los consejos de guerra en sus vengativas sentencias, la marina de guerra en sus deportaciones á la Nueva Caledonia, y los cazadores del ejército en sus fusilamientos de Satory. No basta con la inmensa carnicería verificada en París; no basta con la matanza en la Magdalena y el degüello en el cementerio del Padre Lachaisse; no basta con aquellos fusilamientos sumarísimos perpetrados á la puerta del Panteon, sin identificar las personas; no basta con los deportados á los pon-

tones y de los pontones á climas insalubres; no basta con las legiones de emigrados que lloran en el destierro; Francia, despues de haber perdido doscientos mil de sus hijos en las batallas, veinte mil en el cautiverio, sin contar los innumerables de la guerra civil, necesita derramar de sus venas abiertas mucha más sangre. Ya que no pueden tener muchos reyes estos monárquicos de Versalles, quieren tener muchos, muchísimos verdugos.

Pero uno de los más autorizados entre ellos, el duque de la Rochefoucauld, dirige sus tiros más alto, mucho más alto. A los ojos de este representante de la monarquía, Thiers mismo ha roto las bases de su poder. Thiers ha faltado al pacto de Burdeos. Este pacto sólo daba á la República el carácter de interina, y Thiers le ha dado el carácter de definitiva. La carta del Presidente al general Chanzy, la carta de su secretario á varios consejeros generales acusan el propósito firme, resuelto, de proclamar la República definitiva. Y todos los franceses, en concepto del ilustre prócer, tienen derecho á decidirse por la forma republicana ó por la forma monárquica en este período constituyente, todos ménos Mr. Thiers. Él debe representar sereno el poder ejecutivo sin ninguna pasion, y sostener silencioso el derecho de los franceses sin ninguna preferencia. Esto seria fundado, perfectamente fundado, si la Asamblea francesa, á su vez, se mantuviera dentro de los límites de su estricto derecho. Pero la Asamblea francesa ha usurpado derechos que no le delegó la nacion, única soberana. Convocada para decidir de la paz ó de la guerra, problema del momento, quiere decidir de la monarquía ó de la República, problema del porvenir. Ni el número de individuos que tiene le dan derecho para ser una Asamblea constituyente. Las leyes y las costumbres han señalado en Francia los diputados que han de constituir las Asambleas ordinarias y los diputados que han de constituir las Asam-

bleas constituyentes. La actual Asamblea de Versalles sólo tiene el número de las Asambleas ordinarias. Por consecuencia, la Asamblea actual de Versalles no puede aspirar, no debe aspirar á ser una Asamblea constituyente. Así es que con razon ha dicho el manifiesto de la izquierda que á la próxima Asamblea toca «desenvolver, fortificar, arraigar en el suelo francés la obra de regeneracion, á la cual habrán concurrido todos los verdaderos amigos de la pátria, congregados en torno del gran ciudadano, que guardará en la historia el insigne honor de asociar su nombre á la proclamacion definitiva de la República francesa.»

Es necesario distinguir con cuidado en la Asamblea de Versalles la izquierda simple y la extrema izquierda. Componen la izquierda los diputados republicanos y conservadores; componen la extrema izquierda los diputados republicanos y radicales. Por consiguiente, hasta los diputados conservadores piden que la proclamacion definitiva de la República sea obra de la próxima Asamblea y no de la Asamblea presente. Estos impulsos de la opinion pública desconciertan por completo á los monárquicos. No saben realmente dónde buscar un refugio. Primero proclamaron la monarquía legítima, despues la monarquía constitucional; y ahora, viendo que ni una ni otra clase de monarquía es posible, hablan del ensayo leal de la República. Pero ¿cómo se ensaya esta República? Un monárquico antiguo, hábil, es verdad, pero tambien afortunado, se empeña en que la República se ha de levantar sobre leyes monárquicas y ha de servir á los privilegios de las clases medias, y á los lucros de una corrompida plutocracia. Los estados de sitio amordazan á las ciudades más importantes, los consejos de guerra diezman á los obreros más trabajadores, la censura militar amenaza á los periódicos más patriotas, las huestes bonapartistas ocupan los cargos más remunerados, los generales de las capitulaciones y de la desercion están por

completo al frente del ejército: esta es una República de nombre y una monarquía de veras. Para ensayar lealmente la República se necesita ensayarla con sus libertades completas, con sus instituciones democráticas, con sus poderes bien definidos, con sus leyes bien determinadas y bien claras. Fuera de esto, sólo reinarán la confusión ahora y la ruina en lo porvenir.

Las ridiculeces monárquicas serían visibles si no trajeran á cada paso y á cada instante un verdadero conflicto. Una especie de Pedro el Ermitaño, uno de esos resucitados que la legitimidad y el absolutismo muestran, personas que parecen caídas de un planeta apagado sobre nuestro rejuvenecido planeta, háse empeñado en que había de provocar piadosa y numerosísima peregrinación para pedir á la Virgen milagrosísima de Lourdes que hiciera el milagro patente de resucitar la monarquía. Cristo no anda por el mundo, Cristo, que tenía el poder de resucitar á los muertos. Aun el muerto que resucitó, era un hombre modesto, oscuro, virtuoso, Lázaro; pero Cristo no resucitó á Nabucodonosor, ni á Baltasar. Esos grandes monstruos, una vez extirpados no vuelven, como no han vuelto aquellas ranas, del tamaño de bueyes, que según los geólogos andaban entre los bosques de helecho y las aguas bituminosas de las edades carboníferas. La peregrinación se organizó para pedir al cielo que vuelva el monstruo de la monarquía. No creáis que los peregrinos de hoy, van como los antiguos, con su bordon en la mano del cual pende la calabaza clásica destinada á guardar el vino reparador; su sombrero de anchas alas circuido de conchas; su sayal pardo y su esclavina negra; sus sandalias romanas; místicos personajes errantes, que andan á pié, duermen al raso, se abrigan en la caridad, y se mantienen de limosna. Nuestros peregrinos de ahora son mucho más civilizados; van conducidos por impaciente locomotora, en cómodo tren de los ferro-carriles

franceses, desde las costas oceánicas de Normandía á los ágricos desfiladeros del Pirineo. Van en tres largos trenes. Desde Nantes á Tours rezan el rosario y contemplan los misterios gozosos; desde Tours á Poitiers los misterios dolorosos; desde Poitiers á Burdeos no sé qué clase de misterios; y desde Burdeos á Lourdes, donde está la Virgen, duermen para reparar sus fuerzas á fin de concluir en paz y gracia de Dios esta perfecta empresa política. Allí rezan, cantan, pero sobre todo, beben agua bendita de una fuente, que vuelve la luz á los ojos ciegos, el movimiento á los miembros paralíticos, el oído á las orejas sordas, la fé monárquica á los corazones republicanos, y la creencia en aquellos milagros á los entendimientos enteros y serenos. Después vuelven de su peregrinación á las respectivas Iglesias entonando el *Magnificat* de la Virgen, el cántico republicano por excelencia, el cántico que dice: *potentes deposuit de sede, et exaltavit humiles*, que ellos traducirían bien libremente de esta manera, «humilló á los humildes y exaltó á los soberbios.» Libres son los peregrinos monárquicos de cometer todas estas ridiculeces, y nosotros condenamos severamente á los que llamándose republicanos, han desconocido su propia doctrina hasta el punible extremo de atentar á la manifestación pacífica de esa mascarada religiosa. ¿Pero no indica el lamentable estado intelectual de una parte de Francia esa churriguéresca exhibición? ¿Y no daña al sentimiento moral, y aun al mismo sentimiento religioso, ese funestísimo empeño de confundirlo con todas las instituciones decadentes, y de asociarlo á todas las causas vencidas? La idea y el sentimiento religioso deben apartarse de todo interés terrenal cuanto más de los intereses políticos. Los fines útiles, los fines transitorios y del momento, no pueden ser ya los fines de la religión, que mira á los cielos, que mira á lo infinito. La hieren de muerte todos aquellos que se empeñan en arrastrarla por nuestros

campos de batalla, en conducirla atada por el interés al seno de nuestros clubs, al pié de nuestras barricadas. Ciegos incurables son los realistas que creen poder resucitar á su rey, salpicándolo con agua bendita. Y la creencia de que la religión debe servir á sus miras terrenales, va de tal manera arraigándose en una parte, bien desatentada por cierto, del clero, que en rabioso sermón, un clérigo reaccionario ha dicho: «escoged, escoged pronto entre el agua bendita ó el petróleo.»

Es muy grande el atraso en las campiñas de Francia. Sobre ellas cae una verdadera nube de supersticiones. Por eso París es la ciudad capital de Francia. Por eso en París está el cerebro y el corazón de la gran patria, porque allí se condensan todas las ideas progresivas, y de allí parte el calor de los grandes sentimientos. Por consecuencia, París será invocada por cuantos amen la libertad y la República; y aborrecida de cuantos quieran promover la reacción.

Por Setiembre de 1872 Mr. Thiers entraba casi triunfalmente en París. La entrada del Presidente de la República en la capital de la República significaba un progreso en el afianzamiento y en la seguridad de las instituciones republicanas. Hacia pocos meses, muy pocos meses, el odio de la reaccionaria Asamblea de Versalles á la ilustre ciudad de París era tan grande como el odio que la antigua corte de las tradiciones monárquicas profesara á la capital de las ideas revolucionarias, transformada por Voltaire, agitada por Mirabeau.

Al Presidente no le era dado acudir á la ciudad maldita sin que la mayoría monárquica le creyese entregado á todas las iras y á todas las fuerzas de la más desenfrenada demagogia. Así, á lo sumo, con peligro de llamar sobre su frente un voto de censura, Thiers iba algunas horas á París casi de hurtadillas, y se volvía, como la heroína de los cuentos de niños, como Cenicienta, al sonar las doce en punto de la noche, para que

su monárquica mayoría viese cómo se acostaba á la majestuosa sombra del antiguo santuario de los reyes.

París había enterrado las instituciones monárquicas; París difundido las ideas revolucionarias por Europa; y era necesario destronar á París. La estancia en Versalles tenía todos los inconvenientes de París y ninguna de sus ventajas; pero Versalles significaba toda la tradición monárquica y París la tradición republicana. Guerra á París, guerra á la ciudad que ha sido como la Sibila del pensamiento moderno; guerra, guerra á muerte. Ausencia del gobierno, ausencia de la Cámara, *capitis diminutio* forzosa, estado de sitio permanente, consejos de guerra asentados bajo el sólio de los tribunales, envío de los hijos de París y de los defensores de París á los fusilamientos del viejo Satory, á las playas de la Nueva Caledonia.

Así pensaban arrancar del alma de la gran ciudad su idea y de la frente su corona. Así pensaban reducirla al secundario papel de una ciudad de provincia. Así pensaban conseguir no tuviera en ella el pensamiento moderno, que ha trasfigurado al mundo, su más espléndida, su más elevada cátedra, oída de polo á polo por todas las gentes. Pero se han equivocado por completo. La ciudad que ellos querían destronar, ha permanecido en su trono; y la monarquía que ellos querían resucitar, no se ha movido de su sepulcro. Sucede todo esto, sucede con extrañeza de los mismos que en primera línea contribuyen á que suceda; porque no basta alcanzar el poder para alcanzarlo todo, y no basta tener mayoría dentro de una Cámara mientras no se tenga mayoría también dentro de la nación.

Y yo he sostenido, llevándome en ello de un profundo convencimiento, que la mayoría de Versalles fué una mayoría de sorpresa. Francia quería la paz á toda prisa, y votó para su Asamblea soberana los diputados capaces de votar á su vez la paz á toda costa. Pero no pudo votar en aquel momento supremo ni por